

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Capas de olvido

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseillo

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

ROBERT RYAN

CAPAS DE OLVIDO

Desde las playas de California
a las profundidades del toreo

Prólogo de **José Tomás**

Introducción de Paco Aguado

el paseillo

2023

© del texto: Robert Ryan, 2023
© del prólogo: José Tomás Román Martín, 2023
© de la introducción: Francisco Aguado Montero, 2023
© de las fotos: archivo del autor, 2023
© de esta edición: Editorial El paseño S. L., 2023
www.elpaseño.com

1ª edición: abril de 2023

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno
Corrección: Nieves Porras Parrado
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-126357-3-7
Depósito legal: Co-524-2023
Código THEMA: DNB; ATX

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

PRÓLOGO, de José Tomás	9
INTRODUCCIÓN, de Paco Aguado Un americano en la corte del rey Toro	13
1. Niñez dibujada	21
2. Saint Eugene's	33
3. La frontera del toro	41
4. El milagro del toreo	49
5. Pepe Ortiz	59
6. En casa del maestro	69
7. Temporada hispano-mexicana	81
8. Alma noble	91
9. Apátrida	97
10. El vino de la misa	111
11. Torero anónimo	119
12. Temporada desmontada	129
13. Engaños sin testigo	139
14. Temporada de lluvias	147
15. La Plaza México	161
16. Por orticinas	171
17. Matador de toros	181

18. Cicatrices de torero	193
19. Bravura y mar	205
20. Devoción al arte	213
21. Los ojos de mi abuela	221
22. España remota	233
23. Madrid herido	241
24. Manantial	255
25. Pasamanería blanca	261
26. Lejanía	265

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Introducción

Un americano en la corte del rey Toro

¿Puede un niño nacido y criado en Los Ángeles, anglosajón por los cuatro costados, no solo asimilar sino explicar como un poeta el sentimiento y el sentido más profundo del toreo? Claro que puede. Y, además, ese niño miope, ensimismado y tímido sigue ahí, siete décadas después, demostrándolo con sus escritos y sus cuadros. Se llama Robert Ryan y es un artista global, una rara especie de renacentista que, desde su California natal, se lanzó a un viaje iniciático por las mecas del toreo que acabó llevándole a la alternativa.

Con permiso de Franklin y Fulton, Ryan es el mejor matador de toros que han dado los Estados Unidos de Norteamérica, si es que ese título puede valer de algo a este otro lado de las fronteras geográficas y culturales. Pero también hablamos de un torero hondo y sutil, de un pintor de trazo magistral y de un escritor trascendente más allá de tópicos y folklores. Porque capote, pincel y pluma son instrumentos aleatorios en las manos de quien, pensando y expresando de toros, llega mucho más adentro y más allá que los nativos. Trastos de pintar, trebejos de escribir, lienzos para torear para un americano que, con más sensibilidad que fe de converso, se adentró hace ya unas cuantas décadas en la corte del rey Toro, aquel en el que empieza todo.

Porque fue pintando toros como aquel pequeño genio de los lápices se enamoró del tótem, del símbolo universal del vigor y la muerte. Pintando toros intuitivos encontró el camino de una naturaleza indómita que le inquietaba más que cualquier otro animal a su vista. Primero, toros parados, en reposo, mostrando su potencia latente. Después, toros en movimiento, atacando, embistiendo a la nada, a un vacío que

intrigó al *kid* a saber en qué se fijaba la negra mirada de aquel dios, hasta encontrar el objetivo volátil de una capa que ponía orden al caos brutal de cada arrancada.

No era fácil, pero tampoco imposible, obtener más datos, más conocimientos sobre aquel mito en la Costa Oeste de los EE.UU. durante la década de los cincuenta, en aquella metrópoli de Los Ángeles en la que el cine todo lo dominaba: Hollywood, Beverly Hills, Sunset Boulevard y parques, muchos parques, donde, supongo que para asombro de la progresía actual, los fines de semana se reunían a torear de salón directores, guionistas, productores y actores, con James Dean como figura rebelde y con causa de esas atípicas escenas de diletantes. Y también aquella panda de rudas entusiastas que, fibrosas como gladiadoras, intuían mejor que los hombres la métrica del paso a dos de su desubicada tauromaquia.

En Los Ángeles, sabiendo dónde comprarlas, se encontraban hasta revistas taurinas, *El Ruedo* incluido, porque tenían su demanda entre cientos de extravagantes aficionados. Eran los excéntricos gringos que cada fin de semana cruzaban la frontera para llenar las dos plazas de toros de Tijuana, ciudad golfa del poniente de la Baja California para clientes de la Alta, contrapuesto al levantino de La Habana. La Tijuana donde Welles, el americano que sí que sabía de toros, quiso saciar su *Sed de mal*. La Tijuana del hipódromo, de los galgos y de todo aquello por lo que se pudiera apostar. Y la Tijuana por donde cada año, en corridas no para turistas, pasaban varias veces las primeras figuras del toreo mexicano, y español. Plaza de primera y no de entretenimiento para los excursionistas de *Vacaciones en el mar*.

Y en Tijuana fue donde aquel niño sensible de colegio de monjas vio por primera vez la sangre derramada a través de sus gafas de culo de vaso, entre mareos; una sangre de alarmante y espeso color rojo que no había conocido hasta entonces en el blanco y negro de los enésimos pases de los pases de Luis Procuna en *Torero*, de Carlos Velo, el exiliado gallego que consagró el cine documental y creó mano a mano con el Che el de la Revolución castrista.

Enamorado del ritual, el pequeño Bob identificó en aquella primera corrida presencial, después de miles imaginadas, la trasvasada

donde también vivió Juan, a la sombra de los castaños de ese mismo espacio verde donde le homenajearon los intelectuales y artistas del novecientos.

Un siglo después, cuando la sociedad española se afana en el ciego proceso de subvertir sus cimientos culturales, la íntima y honda prosa poética de este hispano-mexicano de California puede ser un buen refugio contra la estupidez. Y un argumentario perfecto para cargar las pilas y no discutir con los estúpidos, con la fascinación por el toreo de aquel niño tímido de Los Ángeles que dibujando toros ha llegado más adentro que tantos de aquí que creen que saben «más que el que lo inventó».

Paco Aguado

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

1. Niñez dibujada

UN TORO ROJO

Después de un gato gris mi ilusión era un toro rojo, ni más grande ni más pequeño el uno que el otro; más ancho, más hondo el bovino que el felino, de estampa más bravía si menos orgullosa; igual de altivos.

El gato era de carne y hueso y alma; el toro, de escayola su volumen hueco. El gato era mi adorado camarada; el toro, el regalo elegido para el verano de mis cinco años: de lustroso acabado su pinta bermellón, su mirada ojinegra; un regalo enmorrillado, de levantada testa, cuernos blancos de negra punta, al que recuerdo en el corazón de aquel verano y más allá, en el salón de mi niñez presente día y noche junto al sofá, pisando la madera al borde de la alfombra cuyo verde cubría el suelo en el que jugábamos el gato y yo.

Aquel toro rojo, sin entrar en nuestro juego formaba parte de él, aportando su misterio, en pose siempre, en espera siempre a ser retratado con un lápiz de cera. Cuando me ponía a dibujar tendido en el suelo, el gato, celoso del toro, no cesaba de andar sobre el papel, de empujarse de cabeza a rabo contra mi pelo, mi cara, cerrándome los ojos, robándole primacía y minutos al dibujo.

Al caer la tarde, el crepúsculo se miraba en el toro, exaltando su color para luego irlo apagando mientras el salón entraba en sombra, y en sombra quedaba, hasta encenderse el televisor y este al toro con el iluminado reflejo de su pantalla, dándole vida y movimiento, un lustre más real, entre cárdeno y zaíno, cercano al plateado del pelo del gato.

*

En lo alto de su cruz, en las mismas péndolas, llevaba el toro rojo una herida, una delgada apertura de unos dos centímetros de largo por la cual mi hermano, dos años mayor que yo, obviando mis voces

en contra comenzó a meter monedas; monedas pequeñas que con el tiempo llegaron a alterar la presencia del toro, aumentándola con la gravedad de un trapío interior que llegó a pesar en mí, terriblemente, la plata, el níquel y el cobre depositados en él. Terriblemente la tasa imaginada al levantarlo, percibir cómo su volumen rojo tentaba a mi hermano, hasta precipitar el momento en que decidió recobrar las monedas. Entonces, partida por el vientre, la ilusión se hizo añicos, trozos de escayola entre monedas sin brillo, sucias de polvo blanco.

—Era un banco —dijeron mis padres para consolarme—. Esa era la utilidad para la que fue creado.

—¿Para ser destruido?

—Llegado el momento, sí. Para cumplir con su destino.

*

El toro rojo llegó a casa desde Tijuana; hizo el viaje desde la frontera sobre el asiento trasero del coche de mis padres, de pie entre mi hermano y yo; yo mirándolo sin cesar, tocándolo, acariciando el atardecer del único día de mi niñez pasado en México.

Lo había visto de lejos, en brazos de un vendedor ambulante, el que recorría la lentitud de las filas de automóviles encaminados hacia la California del norte. Mientras ante la ventanilla del coche pasaban unos últimos colores en ramo o tejido, unos últimos olores a cera, a cuero, a leche quemada, a carne abrasada, el toro se iba acercando hasta detenerse el vendedor y posarlo ante mi mirada; ahí, parados en una fila que de cuando en cuando arrancaba motores para avanzar escasamente hacia las casetas de los agentes que controlaban la frontera, pasó por la ventanilla.

COLORES VIVOS

En un cajón guardó mi madre algunos garabatos de tantos hechos por su hijo más pequeño; en los más lejanos el toro rojo compartía hoja con el gato gris. Sobre el papel, el toro era siempre rojo; el gato no siempre gris. Trazado a crayón el dorado de su mirada, su ronroneo azul, rosa, perla, violeta, el gato comprendía todos los colores, con excepción del rojo.

Rojo era el color toro, como el sol de la aurora y el crepúsculo. A partir de él, aquellos dibujos acariciaban vivos tonos animales: el plumaje blanco de un pato ojinegro, el color naranja de su pico y de sus patas sobre el césped del jardín de casa. Colores gruesos, como el lento verde de la oruga; colores de fina ala, en vuelo o posados; colores insectos; colores de diminuta coraza, el cuidado de no pisarlos. Colores con zumbido, con agujijón; colores que herían un pie descalzo. Colores del amanecer en la punta de un crayón hincado, mientras el rocío enfriaba las rodillas.

*

Una rosaleda, aves del paraíso, crisantemos, lirios, iris, gardenias, margaritas. Un limonero, un albaricoquero, un platanero, una palmera, un manzano; en mis manos, heridas de la zarza espinosa, la sangre de su fruta.

El jardín estaba a la espalda de la casa y la vida familiar, salvo la mirada desde dentro de mi madre. Ahí no había juguetes, ni echaba de menos compañía humana donde el tiempo se posaba en las alturas de un azul infinito o acaso en el suelo, en pos de una línea de luz visible o imperceptible según daba el sol al rastro de un caracol sobre el plano de una baldosa.

A hora temprana maravillaba el caracol, su concha, la perfección de su espiral, la majestad de sus antenas, cuales cuernos sensibles, delicados, levantados.

CRENSHAW BOULEVARD

Al canto de un ancho bulevar, desde lo alto de una loma, la casa miraba hacia el poniente, hacia un terreno extenso, desnivelado, cuesta abajo, rematado por una arboleda. Sobre nuestra manzana todas las casas eran de parecido diseño, de una sola planta, de reciente construcción, todas de color nuevo.

Desde el salón de casa en un día despejado se vislumbraba el mar, a veces en el horizonte hasta la isla de Santa Catalina. Por delante había un jardín abierto en el que me era vedado jugar porque daba a la calle, a los cuatro carriles veloces del bulevar de Crenshaw.

Un atardecer, a la orilla del bulevar mi padre encontró un pequeño gato inconsciente al que trajo a casa, colocándolo en el cuarto de lavar, en la misma esquina en la que nuestra gata negra había dado a luz; lo pusimos sobre una manta sin que llegara a despertar. Recuerdo ver cómo dejó de respirar entre la penumbra de la casa apagada, sin que nadie encendiera la luz al consumarse la anochecida.

Daba miedo la calle, la premura indiferente que a cualquier hora atropellaba una vida sin detenerse, pasando encima de un cuerpo las ruedas sin fin hasta dejar sobre el asfalto la mancha sin forma, plana y sin color, de lo que habría sido un conejo, un perro, un gato, un amor niño.

Detrás del silencio de las horas, aun dentro de casa, inquietaba el rumor del tráfico: los motores de la muerte que rodaba por el bulevar en sentido doble, hacia el norte y hacia el sur.

Por el bulevar de Crenshaw, no frente a casa sino kilómetros al sur, conocí lo que era un toro vivo, la realidad californiana del animal de carne y hueso. No un toro solo como hubiera preferido, en pose para su dibujo, ni un toro entre tantos, una punta de ganado en su entorno natural, sino el cuadro triste de una masa vacuna aprisionada en un corral. Un cuadro irreconciliable con mi ideal del campo y la vida de los animales, si hasta un juguete de escayola como el toro rojo en mi sentir llenaba un espacio propio. Mas al sur de Los Ángeles, entre tantos, no vi toro alguno que se pareciera al mío, que tuviera algo de su color, siquiera un rasgo que lo distinguiera de la parda pesadumbre empujada entre maderos cuerpo contra cuerpo, aquel hacinamiento ayuno de vida natural, pezuñas hundidas en un hedor descornado, caluroso y espeso, irrespirable.

A tal vista llevó un plácido paseo dominical en familia por el angosto camino al que llevaba el bulevar al dejar la ciudad y su marco de colinas silvestres, la altura de árboles, hasta llegar a tierra plana, desnuda, y ahí el encuentro con la degradación de los bóvidos de carne.

Con el toro rojo en casa, recién llegado su gesto altivo, su reluciente orgullo, dolió descubrir el panorama aquel, que provocó un mareo físico y moral, que nada tenía que ver con las vueltas que daba el coche o cómo estas sentaban a mi cuerpo sobre el asiento trasero del retorno.